

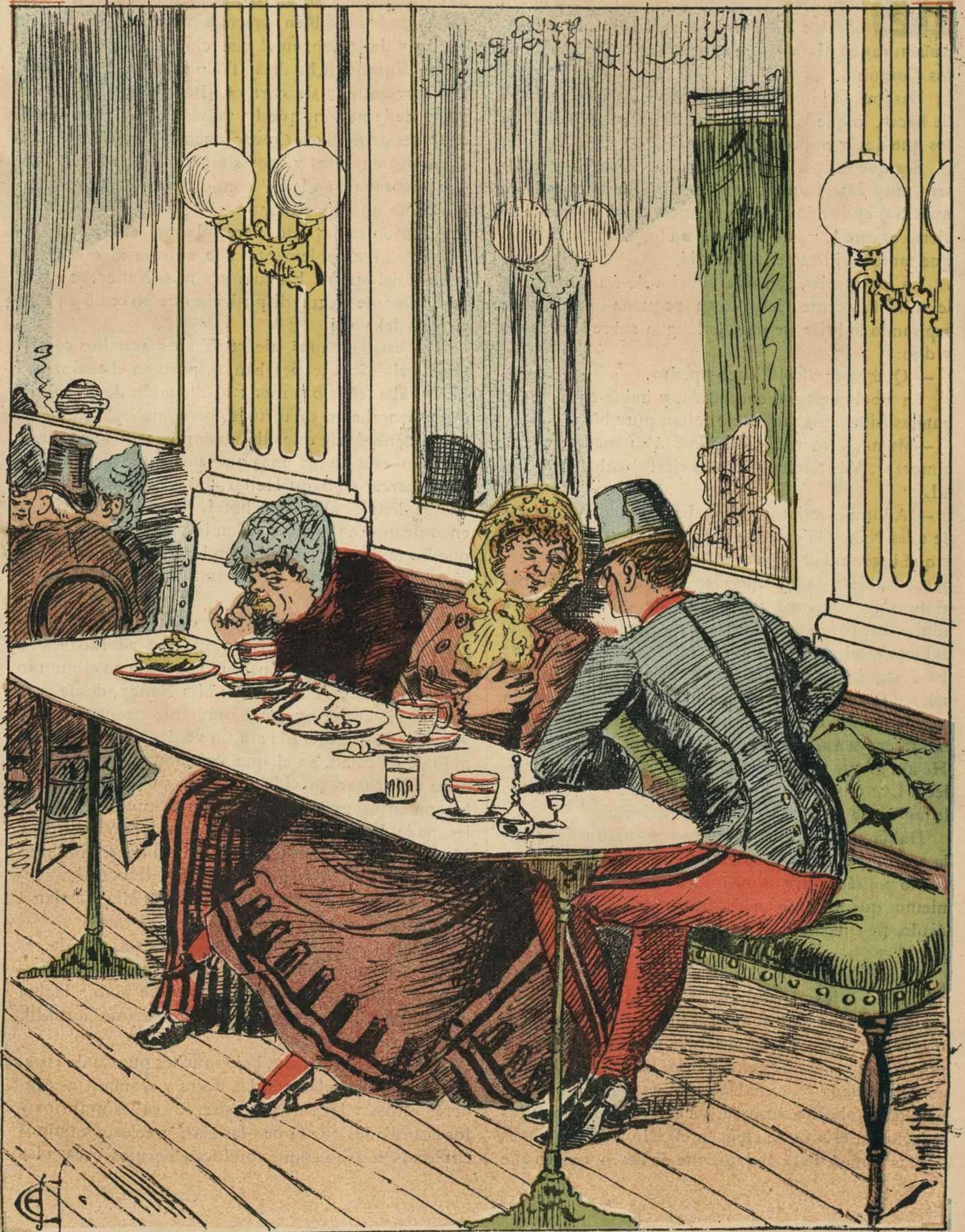
oda la correspon-  
dencia al Administrador  
B. G. Osler, Espiritu San-  
to, 18.—Madrid.

# El Mundo Femenino

Se publica todos los  
domingos.  
Número atrasado 25  
céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas. — Por un año 6. — A los correspondientes 2'50 la mano.

## ·LAS CURSIS DE CAFÉ



Estando al café abonada,  
busca un novio de los buenos;

y sino, se encuentra al menos  
un café y media tostada.

## MISS NANCY

(Conclusion)



LA cosa, como se ve, marchaba sola. L... sabía ya el nombre de la miss Nancy. Una hora después, le decía el de su padre, el honorable Thornhill, gran fabricante de manufacturas en Manchester y miembro de la Cámara de los Comunes.

Después la joven le refirió los viajes que acababa de hacer, lo que la llevaba naturalmente á hablar de los que debía emprender.

Sea que los países que había de visitar le pareciesen muy interesantes, sea que algo de la mirada de miss Nancy le dijese: «¡Seguidme!» ó «¿Vendréis?» lo cierto es que L..., sin titubear un instante, manifestó que también justamente iba allá.

La joven miss, con una sonrisa de franca alegría, le miró fijamente. Levantó su pequeña nariz rosada aspirando la brisa, se pasó la lengua sobre los labios, y dijo:

—¡Qué buen olor! Tengo apetito.

La cocina estaba encendida, y había en el fuego patatas fritas, que, en efecto, olían muy bien.

—Mamá, dijo aproximándose á su madre; voy á almorzar. Vd. también, ¿no es cierto, caballero? dijo á L...

—¡Adorable criatura! pensaba L... bajando detrás de miss Nancy la escalera del comedor, ¡qué sencillez y qué ingenuidad revela todo lo que hace! Una coqueta hubiera dado mil rodeos, y empleado mil maniobras para decirme quien era, de dónde venía, á dónde iba, para atraerme, para tomarme á remolque; hubiera también hecho mil dengues cuando supo que iba á seguirla. Miss Nancy se ha sonreído, y nada más. ¡Que esto no la desagrade, es evidente; pero en vez de tomar actitudes interesantes, de enrojecer ó palidecer, va á almorzar! ¡En buen hora, por vida mía! ¡Hé ahí lo que se llama una mujer! Es sencillamente, decía L... ofreciendo á miss Nancy un soberbio trozo de jamón, la mujer fuerte de la Escritura.

Había visto á miss Nancy comer; pero no era nada en comparación de como almorzaba.

No podréis tener nunca idea de la clase de sentimientos que produjo en el corazón de L... este espectáculo. Se enternecía... se enternecía... y hé aquí por qué.

Cuando era pequeño, nada le gustaba tanto como ver comer á los animalitos. Tuvo durante mucho tiempo, una tortuga domesticada que dormía en su propia cama y á la que abrazaba á cada momento y que le era apasionadamente adicta. Cuando la daba de comer ensalada y el amable reptil, estirando ó encogiendo su cabecita cornuda, picaba con su pico tiras de lechuga, el niño se creía en el cielo y hacía palmas con las manos. Para el daño que os deseo, quiero que

los recuerdos de la infancia vengan á mezclarse á vuestros sentimientos de amor: yame lo diréis entonces.

Hé aquí por qué L... se enternecía viendo comer á miss Nancy, porque, bajo formas infinitamente más agradables ciertamente, y con un apetito superior, le recordaba la tortuga de su infancia.

Os dispenso del *menú*: un gran lujo de tenedores, de cucharas, de mostaceros, de salsas, de mantecas, de patatas; pero también enormes trozos de ternera, de jamón y de queso, en el que cincuenta personas pellizcan durante ocho días. Todo fiambre. Por bebida, té ó cerveza; pan sin corteza. ¡Pues bien! tal es la ceguera de la pasión, que L... olvidando la comida fina del hotel de *El Buen Comer*, encontró excelentes estos groseros manjares y, por simpatía con la joven tigre que devoraba á su lado, comió como un tigre y bebió como un hipopótamo.

Cuando se levantó, parecióle que el oleaje había aumentado notablemente y le aturdió algo el movimiento del buque. En cuanto á miss Nancy, se hallaba locamente alegre, disposición que no cedió en todo el resto del viaje.

L... estaba menos alegre. Todos aquellos comestros británicos le pesaban un poco en el estómago. Le costaba trabajo ponerse al diapason de miss Nancy, y pensaba en su tortuga, pero melancólicamente y acordándose de que ella no comía tantos fiambres.

Pero esta no fué más que una nube pasajera: al desembarcar en Saint Hélier, dió la casualidad de que L... se dirigió al mismo hotel. Durante dos días se encontraron en la mesa redonda y en las excursiones que hacían por la ciudad, ó en los ferrocarriles en miniatura que la ponen en comunicación con Gorcy y Sain Aubin.

L... se había convertido en el acompañante obligado de M. y madame Cornhill, que adoraban á su hija y que no hubieran pensado en nada en el mundo que no fuera verla satisfecha: Miss Nancy, desde que puso el pie en Jersey, estaba radiante y repetía veinte veces al día que esta isla era un verdadero paraíso, un nido de felicidad, en el que sería muy dichosa si pudiera allí pasar su vida. L... por su parte, declaraba con entusiasmo que jamás, en sus numerosos viajes, nada había visto comparable á Jersey; entonces M. y madame Cornhill repetían como estribillo lo que los jóvenes acababan de decir y después los cuatro lo decían en coro y diez pasos más allá volvían á empezar con nuevo placer la cantinela.

Hé ahí lo que es el amor: no se cansa uno de repetir la misma cosa; porque dígame lo que se diga, y siempre significa lo mismo que «yo te amo.» Había una variante para el uso de M. y de madame Cornhill. «¡Cómo se amaban!»

Es cierto que Jersey, bajo muchos puntos de vista, es la isla de los placeres. La tierra y el mar, las praderas verdes y las rocas agrestes, los valles umbríos y los acantilados que lamen las olas; preciosos caminos cubiertos de árboles que conducen á grutas excavadas

Nuestra casa es de confianza. Y estas damas no tendrán, en verdad, por qué quejarse; ya ve Vd. que las tratamos bien. No retrocedemos ante ningún sacrificio para dar gusto á los parroquianos.

—Pero si estas damas no se retratan de esta manera—lo cual comprendo perfectamente—¿cómo se arreglan Vds. para conseguir estas reproducciones?

—Es muy sencillo: escojemos retratos particulares, tarjetas comunes de la fotografía de cada una en traje de sociedad, de baile, en fin, en el traje en que hayan querido retratarse; les cortamos la cabeza y las aplicamos á cuerpos de... mujeres bien formadas que, pagándolas, por supuesto, las reproducimos en las posiciones que más nos acomodan. De esta manera componemos nuestros clichés.

—¡Es ingeniosísimo!

—¿Verdad caballero?

—¿Y Vd. es quien fabrica todas estas maravillas?

—¡Yo; sí, señor!

—¿Y son Vds. muchos los que hacen este oficio?

—¡Oh, no! ¡Esto necesita muchos gastos, y sobre todo, muchísimo cuidado!

—¿Y estas señoras saben que Vds. las reproducen de esa manera?

—Al menos, deben sospecharlo.

—¿Y cómo es que no se quejan?

—Porque esto las divierte.

—¿Está Vd. seguro?

—Lo estoy.

—Pues creo que se hace Vd. ilusiones. Precisamente, mire Vd., yo conozco á una de estas señoras que Vd. ha desnudado: es una bacante á la hora del sacrificio...

—¿Madame de Tanais?

—Precisamente.

—Una señora gruesa, rubia, con ojos negros, poco pudorosa...

—Sí, sí; eso viene á ser. ¡Pues esa señora no puede ver á Vd. mucho que digamos!

—¿Y de qué se queja? Hemos obtenido un cliché maravilloso, y el modelo que para ella escogimos, tiene carnes admirables.

—Pues eso no quita para que se encuentre enfurecida contra Vd.

—Bueno, pero Vd. comprenderá que si uno fuera á preocuparse de todos esos furiosos, no se haría negocio alguno. Yo la desafío á que enseñe unas formas como las que en el retrato le hemos atribuido.

—Yo le aseguro á Vd., pues, que no las tiene malas.

—¿Eh?

—Y debo saberlo, puesto que soy su marido.

—¡Cómo!

—Palabra de honor. Enséñeme Vd. algunos retratos de mi mujer ¿Eh?

—¿Quiere Vd.?

Mr. Cloque recoje precipitadamente todas las tarjetas y las arroja en confusión sobre la caja de los parroquianos, diciendo:

—Hace mucho tiempo que carezco de ellos.

—¡Si se le amenazara á Vd. con cortarle ambas orejas, estoy seguro de que encontraría Vd. un montón!

Mr. Cloque cierra el armario, en el cual ha escondido la caja, y añade:

—Pero, señor mío, considere Vd. que...

—Ya, ya veo lo que es. Le fastidia á Vd. y le aburre buscar un retrato solo. Pero no tenga Vd. cuidado. Yo he traído conmigo tres personajes que van á ayudarle á Vd.

El caballero abre la puerta de la tienda y hace una seña á tres hombres que paseaban por la calle, los cuales entran.

Mr. Cloque al verlos, exclama:

—¿Por qué no ha dicho Vd. en seguida que era usted de la policía? Voy á llamar al principal.

—Se lo agradeceré á Vd. mucho. Hemos obtenido contra él una orden de prisión, y estos señores van á sellar el establecimiento.

—¡Vamos, está visto que nunca podrá uno trabajar con tranquilidad!

—Oh, sí señor; es terrible eso de no poder trabajar con tranquilidad. Nunca he visto una época tan anti-artística como esta. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Me había olvidado de presentarle á Vd. estos señores. En primer lugar, hé aquí el señor comisario.

(Continuará).

## LA LOLILLA

Era la Lolilla, de cuya humilde personalidad ha venido ocupándose la prensa durante muchos días, una agraciada muchacha de tan escasísima estatura, que apenas llegaba á la de una niña de 8 años; sin embargo, era bien formada como una mujercita en miniatura, y todo Madrid la conocía como vendedora de periódicos en cafés y teatros, llamando la atención su desenvoltura, y lo cuidado de su tocado, que en su clase era siempre vistoso y hasta rico, en ocasiones en que sacaba al público los trapitos de los días de fiesta.

Entraba y salía con el mayor desembarazo en los palcos de las familias más encopetadas y dícese había prestado más de un servicio á las altas señoras que entretienen sus ocios en amorosos desvanos, recompensando éstas con largueza sus pequeños oficios de Mercurio.

Pero hé aquí, que ni la mujer en miniatura se ve exenta de los peligros del sexo; y como nunca falta un extravagante ó desalmado para cada mujer que no tiene quien por ella vele, especialmente en esta dichosa España, donde no existen leyes que garanticen la seguridad y el honor de la mujer, cosa que preocupa bien poco á nuestros parlanchines legisladores, la Lolilla, sea con aquiescencia suya, sea como otros suponen vilmente embriagada, tuvo, uno y aún se dice que dos seductores, y fué madre, augurando desde luego la ciencia un fatal resultado de esta maternidad.

En efecto, su estado se desarrollaba de un modo alarmante, y todos la veíamos con lástima, augurando un triste fin á la pobre enanilla, que resignada con su desgracia, no sospechaba se hallase en tan inminente peligro, y contestaba con su acostumbrado desparpejo á las bromas que se la dirigían.

Pero llega el desenlace de aquella desgracia, y se cumplieron los pronósticos de la ciencia.

La Lolilla afectaba en sus últimos días una forma monstruosa, puesto que el feto tenía el tamaño ordinario y aun de los más desarrollados, que no estaba seguramente en proporción con la nimia estatura de la madre.

Llegada el lunes al último período en que la naturaleza por sí misma obra en casos normales, el alumbramiento se hizo imposible, y los facultativos hubieron de decidirse *in extremis* á practicar la operación *Cesárea*, cuyo resultado fué la muerte de la parturienta que pasó á descansar de sus insufribles padecimientos y la extracción de una criatura viva, que medía 0'50 metros de longitud, por 0'25 de anchura de hombros, y que falleció minutos después.

Seguramente que todo Madrid ha sentido la desaparición de aquella graciosa criatura, y el autor de la hazaña debe estar orgulloso de ella, y contarse entre los Tenorios más extravagantes, á quien sino alcanza la ley, por ser la víctima mayor de edad, perseguirá siempre la reprobación del mundo moral y sensato, que clasifica estos delitos entre los de bestialidad, que siempre rebajan á sus perpetradores.

Descanse en paz la pobre Lolilla.

## ECOS DE SOCIEDAD

(SECUNDUM MONTECRISTO)

Los teatros de sociedad se aprestan para la segunda temporada, que comenzará hoy domingo. Hé aquí las obras que se preparan en algunos de ellos:

En el teatro Ventura, además de *El capricho* y de *La soirée de Cachupín*, se ensaya la comedia francesa de Henri Mürger *Le serment d'Horace*, que será representada por la marquesita de Castellón y Clarita Lengo y los señores conde de Romrée y Lemoteux, este último nueva y valiosa adquisición que ha venido á aumentar la ya numerosa *troupe* de la duquesa de la Torre.

El ensayo general de estas tres piezas se verificó ayer.

En el teatro Guillermo, de los duques de Abrantes, se ensayan *A lo hecho pecho*, *Las codornices* y la preciosa zarzuela de Lecoq *El barón de la Castaña*. Es probable que la representación de estas obras se verifique el martes próximo.

Las lindas nietas de D. Teodoro Robles, en unión de otras señoritas, ensayan para representar mañana en el Teatro Patón, la linda comedia en un acto, *Una*

*idea feliz* y la de Vital Aza en dos, *Con la música á otra parte*.

En los teatros de Batier y de López, siguen también ensayándose algunas obritas, que muy pronto han de ponerse en escena. No sucede lo propio en otro aristocrático escenario, que se halla cerrado por ahora.

Ha sido pedida la mano de la señorita doña Eladia Muñoz y Bernaldo de Quirós, hija de los duques de Riánsares y de Tarancón, para el joven ingeniero D. Joaquín Canga Argüelles, hijo segundo de los condes de este título. La boda se celebrará en el mes de mayo próximo en Monte Alegre, cerca de Gijón, en cuya posesión residen habitualmente los padres de la novia, y los nuevos esposos fijarán su residencia en Asturias.

En breve saldrá para Londres la célebre Cristina Nilson, hoy condesa de Casa-Miranda.

### SPORT

Para las próximas carreras de primavera se nos dice que algunas expertas sportwemen harán su aparición sobre el turf, disputando uno de los premios á los jockeys de las mejores casas.

Vestirán el traje que ya en números anteriores hemos descrito y dado de él el figurín, con la diferencia de usar la *casquette* en vez del hongo.

Deberá ser un espectáculo que ha de atraer por su novedad inmensa concurrencia á nuestro circo hípico.

### GALANTERÍA DE UN REY

De nuestro malogrado monarca D. Alfonso XII, se cuenta un rasgo que nos dan por cierto, aunque no respondemos de su veracidad, si bien honra á su egregio autor.

Dícese que en una ocasión, se hablaba en la mesa regia de una cacería en que se habían cobrado varios gamos que el rey mandó distribuir entre algunas señoras de la corte.

Una de ellas presente, que por involuntario olvido había sido excluída del reparto, se deshacía en epigramáticos elogios de la res que la había correspondido.

D. Alfonso cae en la cuenta de su olvido, calla y se dispone á enmendarlo.

En efecto, ya entrada la noche, se dirige sólo á la Casa de Campo, llama, y se da á conocer á un guarda, al que ordena le acompañe á cazar un gamo á la luz de la luna.

El guarda, sorprendido con aquella rareza, hace alguna observación que el rey no atiende, y á aquellas altas horas, el experto cazador logra matar una hermosa res, da sus órdenes al guarda, y se vuelve á Palacio.

Al día siguiente muy temprano, la señora excluída del reparto, recibía el magnífico gamo que el primero de los caballeros españoles había cazado para ella á media noche.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

